

ANGEL RAMA Y EL ESTUDIO COMPRENSIVO DE LA LITERATURA LATINOAMERICANA (*)

Nelson Osorio T.

(*) *Estas notas corresponden al texto de una ponencia hecha durante las "Jornadas de Homenaje a Angel Rama" (Departamento de Teoría Literaria, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1-3 de febrero de 1984). Ello explica el tono y la modalidad expositiva, que corresponden a un texto destinado a la presentación oral. Se han hecho sólo algunas pequeñas correcciones y agregado mínimas referencias bibliográficas en notas.*

(N.O.T.).

Se ha hecho casi habitual que al hablar de la actividad intelectual de Angel Rama se le mencione como investigador, crítico y ensayista. Esto, si bien puede considerarse como valedero en términos generales, no deja de reflejar una cierta concepción artificiosa del carácter de los estudios literarios que sería necesario examinar.

En rigor, la actividad intelectual de Angel Rama puede considerarse fundamentalmente de *crítica literaria*, aunque esta expresión requiera, para el caso, de algunas precisiones. Para el modo como entendía Rama la crítica, la investigación no es una actividad independiente sino que forma parte sustancial y constituye el basamento de su ejercicio; y la resolución ensayística no era sino la modalidad de discurso en que esta crítica organizaba los resultados de su investigación, para convertirse en transmisión más amplia y fertilizadora.

La crítica, por consiguiente, puede considerarse en su caso el ejercicio intelectual creador que funciona como eje de articulación de la tarea del investigador y del discurso del ensayista. La investigación es el único fundamento que puede dar objetividad y rigor científico al trabajo crítico; y el ensayo es una de las modalidades en que puede encauzarse el producto intelectual que de este ejercicio nace.

Es probablemente este sentido integrador el que pudiera dar cuenta más cabal de la diferencia que presenta la labor intelectual de Angel Rama con respecto a la tendencia todavía dominante en el medio latinoamericano actual. Todavía entre nosotros el lastre de un positivismo empirista y de una cierta noción ideológica de las "huma-

nidades" nos hace pensar en la triple participación de una actividad que debe ser unitaria. Se concibe al investigador como una subespecie productora de fichas, acumuladora de datos, organizadora de bibliografías, dedicada, en fin, a tareas mecánicas de acumulación erudita. El crítico, dentro de esta línea de pensamiento, sería una especie de comentarista de libros, en permanente actitud agria de juez que dictamina, a partir de sus gustos y humor, acerca de los méritos y deméritos de tal o cual autor. Y el ensayista sería una especie de Icaro de la reflexión generalizadora, a partir, sobre todo, de la intuición y de la sugerencia, que nos entrega ideas que no tienen por qué fundamentar en otra cosa que su pura autoridad intelectual y/o literaria. Llevando a la caricatura este esquema, nos presenta a un viejo aburrido en el primer caso, a un dispéptico escritor frustrado en el segundo, y a un divulgador de fácil charloteo verbal en el tercero. El primero habita en las bibliotecas y archivos, el segundo en las páginas de los suplementos dominicales y el tercero suele estar en las revistas llamadas culturales y hasta en la televisión.

En realidad, debieran estar los tres en un museo de antropología del subdesarrollo.

La actividad intelectual de Angel Rama no puede, pues, en justicia, ser clasificada en tres partes como estas; su trabajo no corresponde a ellas ni a la suma o acumulación aditiva de las tres. Lo que su obra ofrece es una nueva concepción de la crítica, entendida como una disciplina autónoma que estudia la producción literaria investigando en ese terreno, y cuya función es producir conocimientos nuevos, fundamentados y objetivos, sobre dicho aspecto de la actividad cultural en América Latina.

Esta función básica de la crítica, la de producir conocimientos nuevos, es la que le da un sentido creador, y es la única tal vez que puede justificarla y legitimarla hoy entre nosotros, en estos días tan urgentes e inestables, en que necesitamos más que nunca conocer toda nuestra realidad para transformarla y hacerla definitivamente nuestra.

En uno de sus últimos escritos — el prólogo a una compilación de sus ensayos sobre la novela, recientemente publicado en Bogotá ⁽¹⁾ Angel Rama se refiere a la función de la crítica literaria en los siguientes términos:

Ocurre que si la crítica no constituye las obras, si constituye la literatura, entendida como un corpus orgánico en que se expresa una cultura, una nación, el pueblo de un continente, pues la misma América Latina sigue siendo un proyecto intelectual vanguardista que espera su realización concreta (pp. 15-16).

Para muchos exquisitos de nuestra flora académica vernácula estas expresiones, claro está, no dejarán de causar asombro y alarma. Eso de que sea la crítica la que constituye una literatura . . . , ciertamente tiene aroma de herejía.

Un poco para tranquilizar a las buenas conciencias y un poco también para mostrar que este criterio no traza una división entre herejes y creyentes, sino sólo entre tradicionalistas y renovadores, quiero señalar que, desde otra perspectiva, Octavio Paz en 1967 ⁽²⁾ postulaba la misma herejía:

La misión de la crítica, claro está, no es inventar obras sino ponerlas en relación: disponerlas, descubrir su posición dentro del conjunto y de acuerdo con las predisposiciones y tendencias de cada una. En este sentido, la crítica tiene una función creadora: inventa una literatura (una perspectiva, un orden) a partir de las obras. Esto es lo que no ha hecho nuestra crítica. Por tal razón no hay una literatura hispanoamericana aunque exista ya un conjunto de obras importantes (p. 41).

Y en otra parte del mismo texto ,por si hubiera alguna duda, abrocha así: “Diré más: en nuestra época la crítica funda una literatura” (p. 39).

Nos encontramos aquí bastante lejos de esa concepción ancilar, parasitaria y palafrenera de la crítica que el subdesarrollo mental quiere seguir alegremente ejerciendo. El *fundar* o *inventar* una literatura para Octavio Paz y el *construir* una literatura para Angel Rama, son tareas y funciones ennoblecedoras que legitiman el ejercicio de la crítica como actividad intelectual autónoma.

Pero hasta allí las semejanzas entre ambos. Porque mientras para Octavio Paz este ejercicio parece limitarse a la esfera inmanente de la literatura, para Rama se articula a la necesidad histórica de conocimiento de América Latina, su gran pasión.

El intento de una crítica literaria que signifique conocer, difundir, comprender y dar sentido a esa dimensión metafórica de América Latina se vincula a la necesidad de contribuir a la concreción de ese proyecto histórico que sigue siendo nuestra América.

En este sentido, la labor de Angel Rama puede legítimamente considerarse filiada a una cierta tradición que hasta hace poco se ilustraba sólo con algunas grandes figuras intelectuales aisladas, pero que hoy alimenta un proceso cada día más urgente de integración

emancipadora. El sueño de Bolívar, que en 1815 señalaba que "es una idea grandiosa pretender formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo" (*Carta de Jamaica*), ha seguido siendo un sueño, pero un sueño recurrente entre los que sin perder sus vínculos saben respirar su patria con pulmones universales.

En esa línea se encuentran los pasos y aportes de un Simón Rodríguez y un Andrés Bello; Francisco Bilbao lo retoma, José María de Hostos lo siente y lo practica; adquiere profético sonido en Martí, busca ser proyecto en Manuel Ugarte. Le van dando sesgo contemporáneo nombres como José Carlos Mariátegui y Pedro Henríquez Ureña, y en los últimos decenios ya empieza a dejar de ser patrimonio de individuos aislados para comenzar a ser conciencia nueva y generalizada en los sectores de vanguardia de nuestro continente: somos latinoamericanos y sólo siéndolo a conciencia podremos comprendernos y autenticarnos liberadoramente. Por una especie de paradoja dialéctica, sólo podremos comprendernos verdaderamente como chilenos, venezolanos, uruguayos, mexicanos o cubanos, en la medida en que asumamos nuestra condición básica, la que fundamenta las determinantes de nuestras nacionalidades: la de ser latinoamericanos, miembros de un subcontinente acosado por fuerzas que buscan disgregarlo para asimilarnos mejor y más fácilmente.

El paso de esta realidad a la conciencia no es fácil. De vivir esta condición en sí, diríamos parafraseando a Marx, hay que convertirla en para sí, en conciencia plena y fecunda. Asumir esto es lo que puede verdaderamente integrarnos a plenitud en nuestro tiempo, para que el ser actuales no sea simplemente una contingencia cronológica.

Los años 60 son de algún modo los años de agonística asunción de esta conciencia en grandes sectores. Angel Rama ilustra vigorosamente ese proceso y ese cambio. A partir de esos años su pensamiento y su labor se arraigan profundamente en la idea de que es necesario conocernos desde nuestra propia realidad y en ella, y de que nuestra literatura y nuestra cultura tienen una fisonomía global dentro de la cual adquieren su verdadero sentido las variantes nacionales, por países.

El proceso histórico que sigue esta nueva realidad que se abre en los primeros años del decenio de los 60 es más o menos conocido; por lo menos, la mayor parte de nosotros lo hemos vivido. La trayectoria de la intelectualidad que asume e ilustra esta nueva conciencia es variada y no siempre feliz. Julio Cortázar, Carlos Fuentes, José Donoso, Roberto Fernández Retamar, Mario Vargas Llosa, García

Márquez... Y Angel Rama. El recuento es amplio y, a pesar de algunas claudicaciones y conversiones, puede mayoritariamente considerarse rico y promisorio. América Latina pierde parcialmente su condición refleja y entra a comportarse activamente en la historia. Los pueblos empiezan a reclamar sus derechos y hacen sentir su presencia rebelde.

Pero entonces los privilegiados locales acuden a sus sostenedores transnacionales y se busca aplastar los fermentos de futuro usando la mano de militares entrenados en Fort Galluck, Fort Bragg, Canal Zone y otros seminarios tan inocentes como estos. Los años 70 marcan un nuevo y ominoso ciclo de dictaduras, persecuciones y exilio. Los causantes son bien conocidos, y aquí valen las palabras de Rómulo Gallegos en los años 50 :

y si (...) es verdad que esos gendarmes no han nacido en Washington, esta hora de planteamientos francos me pide replicar que desde allí, de alguna manera, los han amamantado (3).

Todo esto viene necesariamente a cuento si queremos comprender el carácter y sentido del aporte de Angel Rama. Porque él sí buscó permanentemente sincronizarse con la palpitación de su tiempo. Y si los años 60 lo llevan a desarrollar un proyecto comprensivo, latinoamericano en su trabajo intelectual, el decenio siguiente lo golpea con la persecución y el exilio.

Pero esta circunstancia no sólo no altera su proyecto de una visión comprensiva, integradora, sino, al contrario, lo acentúa y enriquece.

Ya en 1964 en Montevideo, para el semanario *Marcha*, un artículo donde hacía referencia a esta necesidad de corregir en la visión crítica e histórica de la literatura, la tendencia al atomismo y a la organización simplemente aditiva :

Hasta el presente ella (la literatura hispanoamericana) no es otra cosa que la suma, con algunas correcciones estructurales, de las literaturas nacionales. Paradójicamente, ocurre que estas literaturas, aunque viven en muchos casos enteramente separadas (...), registran un paralelismo sincrónico sorprendente. Cuando se enfrentan autores, corrientes artísticas, concepciones estéticas, de unos y otros países, se descubre, por debajo de las reconocidas diferencias comarcales, ritmos de desarrollo y problematización muy similares (4).

Ese mismo año, en otro trabajo, "Diez problemas para el novelista" (5), era aun más explícito, al establecer que esta necesaria

corrección de la perspectiva crítica no responde sólo a una necesidad interna, metodológica de la crítica misma, sino que responde al modo de existencia propio de la literatura en América Latina. De esta realidad habría que concluir, lógicamente, que la necesidad de una perspectiva comprensiva, integradora, es para la crítica el modo de adecuar su visión a las demandas mismas del fenómeno.

Veamos su planteamiento :

(...) otro rasgo curioso del continente al sur del río Bravo es que, si en líneas generales ya es posible hablar de una cultura latinoamericana (o hispanoamericana) con direcciones y valores propios, tónicas y medios característicos, parece bastante más difícil registrar la autonomía y la mera existencia de las literaturas nacionales. La observación puede sonar a paradoja: parte de la comprobación de que, salvo el caso explícito, concreto, del Brasil, y salvo atisbos en México y en Buenos Aires, no se registra la existencia de una literatura nacional nitidamente diferenciable, con su estructura interna propia, su constelación temática, su sucesión estilística, sus peculiares operaciones intelectuales, históricamente reconocibles.

Existen, claro está, historias nacionales de la literatura, en cada uno de los países, y sus autores comienzan por no plantearse los presupuestos que basamentan sus tareas, a saber: la previa existencia de una nacionalidad. El problema nos remite a la balcanización política de América Latina por obra de los imperialismos, las oligarquías locales y las falsas estructuras administrativas del coloniaje, con lo cual se han creado precarias y, muchas veces, arbitrarias estructuras seudonacionales (América Central sirva de ejemplo).

Lo que llamamos una visión comprensiva, a partir de los textos citados —sobre todo del último— se enriquece así grandemente, pues vincula el estatuto y perspectiva de la crítica latinoamericana a las condiciones del fenómeno literario concreto, y permite establecer que sus debilidades tradicionales no obedecen sólo a problemas de carácter interno; es lógico desprender la conclusión de que la crítica y la historia literarias anteriores pueden considerarse como reproducción de una visión atomística y fragmentada que tiene su origen, en último término, en las condiciones históricas determinadas por la dependencia, la acción imperialista y la ideología de las clases dominantes.

Sería fácil —y así se ha hecho, con manipuladora intención— establecer una filiación ortodoxamente marxista para este planteamiento. Sin embargo, yo no lo veo así.

A partir de la formación misma de Rama, me parece mucho más evidente que su enfoque se alimenta más bien de las tesis sartreanas (por lo menos en este punto) o, si se quiere, del marxismo sartreano, tan importante en la formación de la izquierda intelectual latinoamericana de los años 60.

En efecto, la oposición a la perspectiva analítica, atomística, balcanizadora sobre los fenómenos, expresión, según Sartre, de la ideología burguesa, es el planteamiento central del artículo que inaugura *Les temps modernes*.

Creo —dice Sartre— que la clase burguesa puede ser definida intelectualmente por el empleo que hace del espíritu de análisis cuyo postulado inicial es que los compuestos deben necesariamente reducirse a una ordenación de elementos simples.

Y agrega más adelante :

Después de 150 años, el espíritu de análisis sigue siendo la doctrina oficial de la democracia burguesa, pero este espíritu se ha convertido en un arma defensiva.

La propuesta crítica frente a la mentalidad burguesa está planteada por Sartre en los siguientes términos :

Así, frente al espíritu de análisis, recurrimos a una concepción sintética de la realidad cuyo principio es que un todo, sea el que sea, es diferente en naturaleza a la suma de sus partes (6).

Como podrá fácilmente apreciarse, la concepción de Angel Rama sobre la actividad crítica en los estudios de literatura latinoamericana parece corresponder puntualmente al polémico programa de Sartre. De allí su postulación de que, a una visión tradicional, burguesa, que veía en el todo latinoamericano una sumatoria de partes, se debía oponer la visión progresista, renovadora, de la perspectiva comprensiva, que permita ver en el conjunto algo diferente, un objeto propio que no puede reducirse a la suma de sus partes.

La búsqueda de una visión comprensiva se articula así a las tendencias renovadoras y revolucionarias que se desarrollan en América Latina en los años 60. Pero —y esto es verdaderamente muy importante— se afirma también en la línea integradora que forma parte de lo más valioso de nuestra herencia intelectual.

Para no pecar de prolijo, quiero mencionar apenas dos nombres en este siglo que apuntan a este mismo problema y subrayan la misma necesidad.

En un artículo de 1925, que después fue parcialmente incorporado al libro *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928), Pedro Henríquez Ureña sostiene lo siguiente :

La literatura de la América española tiene cuatro siglos de existencia, y hasta ahora los dos únicos intentos de escribir su historia completa se han realizado en idiomas extranjeros : uno, hace cerca de diez años, en inglés (Coester); otro, muy reciente, en alemán (Wagner) (7).

Y agrega :

¿Por qué los extranjeros se arriesgaron, antes que los nativos, a la síntesis? Demasiado se ha dicho que poseían mayor aptitud, mayor tenacidad; y no se echa de ver que sentían menos las dificultades del caso. Con los nativos se cumplía el refrán : los árboles no dejan ver el bosque.

Más de un cuarto de siglo después, en 1952, Mariano Picón Salas, al reflexionar sobre las dificultades del ideal de una integración americanista, señala la necesidad, para comprender cada realidad nacional, de una visión integral y de conjunto :

...aun la misma historia patria —dice— solo se entiende cuando salimos a inquirir cómo surgieron análogos problemas y qué luchas suscitaron en otros países. La más comprensiva Historia de América será, pues, la que separando lo estrictamente localista estudie las constantes coincidencias y contrastes de un proceso comparable (8).

Y esto lo refrenda con las conclusiones de una experiencia anecdótica que más de uno de nosotros habrá también tenido :

En un seminario organizado (...) en el Colegio de México y al que asistían estudiantes de diversos países hispanoamericanos, nos estimuló una curiosa experiencia intelectual. Con ánimo de superar aquellas historias de América escritas con criterio acumulativo, como simple suma heterogénea de crónicas nacionales, habíamos puesto sobre la mesa de trabajo veinte libros sobre veinte países americanos. Y nos entreteníamos en buscar entre los hechos que allí se narraban las coordenadas o puntos de tangencia continental. Y era casi un placer de detectives descubrir no sólo en los grandes movimientos políticos y culturales, sino en hechos que parecían más localizados y circunscritos, la línea curiosa de

las analogías. Calumnias, elogios, negaciones o denuestos se tributan de una a otra parte del Continente por la acción histórica de determinados hombres y en actitudes de casi increíble semejanza. Conservatismo y Demagogia parten de la misma raíz y manejan parecidas armas en todos nuestros países. Sobre una clave común de necesidades, problemas y soluciones comparables se ejecuta la partitura histórica y hay, por eso, casi identidad del lenguaje.

Como se puede apreciar, en el proyecto y la tarea cumplida por Angel Rama vemos conjugarse dos vertientes. Por una parte, en la crisis de la conciencia intelectual de América que se produce en los años 60, a partir de la Revolución Cubana, el marxismo —filtrado o no por Sartre, pero indudablemente vinculado a él— fortalece teóricamente una búsqueda renovadora, antimperialista y antiburguesa. Y ésta se fertiliza en la tradición integradora, continentalista, cuyas raíces se encuentran en Bolívar, y se proyecta al estudio de la producción literaria latinoamericana. No creo que sea exagerado ver en esta simbiosis un eco concreto del mensaje martiano: “Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”.

En función de estas condiciones, para Angel Rama la crítica literaria, que es su oficio y la forma de orientar esa pasión de América que lo impulsa, se convierte en algo nuevo, rico y vivificante. La investigación erudita y prolija adquiere un sentido renovador y joven, y el ensayo se convierte en el vehículo adecuado para la proyección de sus ideas y difusión de ideales.

En este sentido, el mejor tributo que podamos rendir a su magisterio sería el de asumir nuestra América y volcar en ella nuestro esfuerzo, haciéndonos con ello también, como quiso hacerlo Rama, continuadores de la mejor estirpe de hombres que han dado estas castigadas tierras.

Y calle el pedante vencido —dice Martí—; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.

N O T A S

- 1) Ángel Rama: **La novela en América Latina. Panorama 1920-1980**. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1982. 519 pp.
- 2) Octavio Paz: **Corriente Alterna**. (1ª ed. 1967). México: Siglo XXI Editores, 1975.
- 3) Rómulo Gallegos: **La libertad y la cultura**. Caracas: Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, 1983, p. 13.
- 4) "La generación hispanoamericana del medio siglo. Una generación creadora". **Marcha**, Montevideo, XXVI, 1217 (7 de agosto de 1964). Reproducido en **La novela en América Latina**, ed. cit., pp. 26 y ss. Para una cronología de las publicaciones de Ángel Rama puede verse el trabajo de Alvaro Barros-Lémez: **Bibliografía sumaria. Ángel Rama. 1926-1983**. Maryland: Universidad de Maryland, 1984, 31 pp.
- 5) Publicado originalmente en **Casa de Las Américas**, IV, 26 (octubre-noviembre 1964), pp. 3-44; ampliado posteriormente. Con el título de "Diez problemas para el novelista latinoamericano" se reproduce en el ya citado **La novela en América Latina**, pp. 33-98. 1976, pp. 13, 15 y 18.
- 6) Citamos por J. P. Sartre: **¿Qué es la literatura?** Buenos Aires: Editorial Losada, 6ª ed.,
- 7) Citamos por la compilación **La Utopía de América**. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 47. Las obras a que hace alusión Pedro Henríquez Ureña son: Alfred L. Coester: **Literary History of Spanish America**. New York: MacMillan, 1961. 495 pp.; Max Leopold Wagner: **Die Spanisch Amerikanische Literatur in ihren Hauptströmungen**. Leipzig-Berlin: B. G. Teubner, 1924. 81 pp.
- 8) Mariano Picón Salas: "Unidad y nacionalismo en la historia hispanoamericana", reproducido en la compilación **Viejos y nuevos mundos**. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1983. Cit., p. 270.